

El rostro trágico de la cultura europea

Marla Zárate

Filósofa y escritora.

Miembro de la Sección de Cultura de Acontecimiento.

Tal vez en este final de siglo parezcan irrepetibles las quejas que hacía proferir Ortega a cualquier ciudadano humilde y valiente ante quienes querían perpetuar la Restauración: «no me habéis dado maestros, ni libros, ni ideales, ni holgura económica, ni amplitud saludable humana; soy vuestro acreedor, yo os exijo que me deis cuenta de todo lo que en mí hubiera sido posible de seriedad, de nobleza, de unidad nacional, de vida armoniosa, y no se ha realizado, quedando sepulto en mí antes de nacer; que ha fracasado porque no me disteis lo que tiene derecho a recibir todo ser que nace en latitudes europeas».¹

La enseñanza de masas, la «cultura» televisiva, el escepticismo moral o el paro son motivos de peso para mantener aún las imprecaciones orteguianas, pero esa confianza última en el proyecto europeo y los derechos que de él se derivan pasan hoy por una fase de crisis. El continente ha visto, desde el alborear del siglo, guerras, convulsiones, exterminios, quebraduras, totalitarismos e intolerancias, sin que, hasta ahora, hayamos sido capaces de erradicarlos. No es extraño, pues, que las recientes elecciones europeas se hayan producido en un clima nada entusiasta.

«Y, sin embargo, en ninguna de estas tierras habitaría el hom-

bre si la palabra primigenia —el *mythos*— no le hubiese despertado del sueño de su animalidad»,² escribe Schajowicz, nacido en 1910 en la capital de la Bucovina, parte del antiguo Imperio Austro-húngaro. Su ascendencia judía le obligó a huir de Viena, la ciudad donde se educó, a la entrada de Hitler. Desde Cuba y Puerto Rico no se ha cansado de escribir y hablar justamente sobre lo que aúna a Europa, más allá de las vicisitudes históricas, lo que cimenta el sentido de nuestras quejas como ciudadanos *de estas latitudes*: una herencia común, una herencia trágica que arranca de los griegos.

En la Grecia arcaica aún no se distinguía entre el *mythos* y el *logos*. El pensar era poético, y no meramente discursivo. Un pensar plagado de imágenes que reelaboraron los grandes poetas, como Homero, Hesíodo, Píndaro y los trágicos. El mito relataba la historia de los dioses griegos y, a la vez, representaba al mundo y al hombre en el mundo. Schajowicz ve, más que el ritual antiguo, la huella indeleble de esa sabiduría en todo el pensamiento filosófico posterior, a pesar de las desviaciones que éste ha padecido: nuestra cultura se enredó en los errores de la Antigüedad tardía, que clasificó la conducta y se empeñó en dominar el cosmos con la ayuda de un lenguaje lógico y, por eso,

ahora, todavía nos quedan por desatar los nudos.

Schajowicz rescata el método de los sofistas, su enfoque crítico, para desenmascarar las ilusiones que se agazapan tras los conceptos y recordarnos la experiencia del origen. Por lo demás, sostiene que más vale ser «místicamente» pasivos, frente «al activismo frenético de los que creen progresar».³ Así, se niega este experto del exilio, primero forzoso y después voluntario, a participar en la confusa axiología del hombre contemporáneo: «...se trata de un “no-sé-qué” de la experiencia de nuestro propio ser, que nos exige la retirada (provisional) del mundo».⁴

Alejamiento creativo, en cualquier caso, para desligarse de la tradición humanista —léase reflexiva— y traspasar los límites del lenguaje, «a fin de que el pensar a-conceptual o pre-conceptual pueda surgir de nuevo».⁵ No se trata de reavivar la fe de los antiguos, sino de conducirse según el ejemplo del artista, el más fiel de entre nosotros a las raíces, que emprende un retorno a lo «caótico-larvario», a «lo sagrado» —dice Schajowicz—, para dotar su tarea de sentido. Naturalmente, su actividad creadora no admite las fronteras entre religión, arte y filosofía, y en esto se ha mantenido al margen del entorno, al par que nos regalaba el vestigio de los antepasados. En

un pequeño ensayo titulado *La forma interior de la literatura europea*,⁶ Schajowicz nos hace atender al eco mitológico que resuena en las ficciones de Europa, el eco de la palabra genuina en la tragedia.

El drama antiguo revelaba esa cosmovisión de la que procedemos. Otras culturas —dice Schajowicz— han expresado con representaciones escénicas peculiares sus imágenes del mundo, pero la tragedia es la forma específica de nuestra literatura, el acervo cultural de Europa. Un acervo de inquietud, búsqueda y vértigo, que ha inspirado nuestras preguntas en todos los campos y aún pervive latente en nuestro sentir. Schajowicz no admite que se consideren primitivos los relatos míticos o se menosprecie la religiosidad griega. Tales actitudes responden al uso abusivo de la razón en Occidente, que, si bien ha dado frutos innegables, nos ha sustraído la riqueza corpórea y sensorial de las imágenes que gestaron nuestros antecesores. No es preciso desenterrar las reliquias, pero sí conviene destruir los estereotipos que hemos ido forjando tras arrinconar el pasado y que con frecuencia sirven hoy para distinguirnos artificialmente —los pueblos y las personas—. Entre ellos incluye Schajowicz el racionalismo teológico y propone, en su lugar, un antimoteísmo mito-poético.

La obra de este pensador de la estética es una muestra de las afirmaciones precedentes, en sucesivos análisis que denotan las facciones griegas heredadas a lo largo del tiempo en los rostros de los escritores y filósofos de Europa. Expresiones críticas y trágicas todas ellas —claro está, en el sentido nietzscheano; nada que ver con el patetismo—, que se reconocen entre sí y nos dan cuenta de quiénes somos. La brevedad de

*Esa confianza última
en el proyecto europeo*

y los derechos

que de él se derivan

pasa hoy

por una fase de crisis.

este espacio no permite detenernos en explorarlas. Schajowicz llama a estos autores que nos son familiares, *nuevos sofistas*, porque, como los primeros, intentan subvertir las lacras de un sistema cultural ideologizado; con ese propósito rememoran nuestra genealogía: el pensar metafórico e intuitivo de los presocráticos, que se volcó en la tragedia clásica.

Son espíritus libres, anti-dogmáticos y, por ello, en buena medida, heterodoxos respecto a los valores dominantes. Pero ya se sabe que poco pueden las obras de arte y los fenómenos culturales ante los intereses económicos y políticos. ¿O no? Los cambios son a veces más lentos de lo que se desea, demasiado lentos si se comparan en general con el curso de una vida. Pero no faltan los trabajos esperanzados, como, por ejemplo, el de Inglehart,⁷ que ve en las sociedades avanzadas un giro hacia valores posmaterialistas: una rebeldía frente al imperativo de la ecuación productividad/consumo, junto a la demanda de otras necesidades relacionadas con el

interés por la ecológico, el debate abierto y participativo en la esfera pública, el desarrollo personal en un ambiente solidario, ... en fin, una mejor calidad de vida.

No siempre encuentran estos impulsos nuevos el marco idóneo para manifestarse y a duras penas se reflejan en las urnas, porque las instituciones, los partidos políticos y el sistema en su conjunto tienden a mantener la inercia de viejas mentalidades y, en vez de proporcionarles un cauce, de alguna forma contribuyen a inhibirlos, pero Inglehart afirma que se abren paso inexorable y silenciosamente.

Después de todo, tal vez deba contradecir mis palabras iniciales y sí quepa reclamar lo que nos pertenece, por derecho heredado y adquirido, como habitantes de latitudes europeas, aunque a menudo sospechamos que no se nos oye.

Notas

1. Ortega y Gasset, J.: *Vieja y nueva política* (1914), en *Obras completas*. Alianza, Madrid, 1983, tomo I, pág. 283-4.
2. Schajowicz, L.: *Mito y existencia*. Ed. de la Univ. de Puerto Rico, Puerto Rico, 1990 (2.^a ed.), pág. 388.
3. Schajowicz, L.: *Los nuevos sofistas. La subversión cultural de Nietzsche a Beckett*. Ed. Universitaria, Puerto Rico, 1979, pág. 14.
4. *Opus cit.*, pág. 15.
5. *Opus cit.*, pág. 63.
6. Incluido en el libro *De Winkelmann a Heidegger: ensayos sobre el encuentro griego-alemán*. Ed. Universitaria, Puerto Rico, 1986.
7. Inglehart, R.: *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Siglo XXI Ed., Madrid, 1991. ▲